

LA PIRUETA DEL INGENIO O CÓMO REÍRSE CON LA MUERTE



LLUÍ PASQUAL

Dicen que el sentido del humor es lo que diferencia al hombre de los animales (ellos no se ríen, nosotros, a veces sí), y que poder reírse de uno mismo es, probablemente, la expresión del más alto grado de inteligencia. Como todas las verdades es parcial, pero me parece bastante exacta. *Wit* sería la demostración más clara de esa idea, uno de esos raros textos contemporáneos en los que la ironía está puesta al servicio de la inteligencia, la inteligencia al servicio de los sentimientos, y todo ello a través de la interpretación, es decir, del teatro, al servicio de una comunidad.

Una mujer se enfrenta a una grave enfermedad, cáncer de ovarios, y sobre todo a un diagnóstico que ha llegado probablemente demasiado tarde: la enfermedad se encuentra en fase terminal, en la llamada *fase cuatro*... y no hay *fase cinco*. La mujer en este caso es una profesora de literatura, Vivian Bearing, especializada en el gran poeta inglés del siglo XVII, John Donne, cuyos sonetos son un análisis y al mismo tiempo una vivencia en profundidad de la conciencia ineluctable de la muerte y el enfrentamiento del ser humano con ella.

La mujer nos explicará, en primera persona, los últimos meses de su vida, concretamente desde el hospital, donde veremos desplomarse su seguridad intelectual, cuando deba enfrentarse al día a día concreto de su enfermedad y, sobre todo, al día a día del doloroso tratamiento de quimioterapia. Y ahí surge una situación absolutamente inesperada para la docta profesora: antes era ella la que en sus cursos universitarios ejercía el poder intelectual sobre sus alumnos, persiguiendo hasta el extremo un rigor absoluto en la interpretación de los textos literarios, evitando cualquier uso de la retórica, cualquier auto-engaño, para situarse lo más cerca posible de la verdad desnuda. Ahora ella misma estará bajo el doble poder de la enfermedad y del terrible tratamiento experimental, que la convertirá en un conejillo de indias en manos de los médicos hasta engrosar una lista de datos, de estadísticas, único modo, por otra parte, para hacer progresar a la ciencia en sus investigaciones. Comprensible. La profesora también lo

entiende. Pero una cosa es entenderlo, y otra muy distinta, sufrirlo.

Éste podría ser el resumen de esta magnífica primera obra de la también profesora y escritora americana Margaret Edson, escrita en 1998, que mereció el prestigioso Premio Pulitzer y, sobre todo, muchos espectadores en muchos teatros del mundo: una *pequeña historia*, como cualquiera de las nuestras. El simple argumento, por supuesto, no sugiere que se trate de una historia para contar desde un escenario, sino más bien el material para un buen documental televisivo. Y sin embargo, no es así.

Nos encontramos ante un texto de teatro puro, que nace del contacto constante con el público, y sobre todo de la manera que tendrá de contarle nuestra profesora protagonista. En eso consiste el gran ingenio y la magnífica pirueta de la autora, en crear un personaje frágil y fuerte, lúcido y desbordado, como todos nosotros, pero con una inteligencia que no ignora la causticidad y el humor, como armas para seguir viviendo, mientras uno esté de acuerdo en seguir haciéndolo. La doctora Bearing me parece un gran personaje del teatro contemporáneo. De esos que se presentan casi sin llamar a la puerta. Y es, por supuesto, una partitura de infinitos matices para una gran actriz. De ahí nace este proyecto.

A los pocos segundos de que un amigo, el traductor de la obra, me hablara de *Wit*, antes incluso de leerla, estuve seguro de que era de esos personajes inevitables que están hechos para Rosa María Sardá, rara actriz, capaz como sólo pueden hacerlo los instrumentos de cuerda, de sonar octavas distintas al mismo tiempo, esa difícil combinación de risa y llanto, pasión y lucidez, ironía y ternura, intuición e inteligencia. Es decir, de vida. Una vez más -ése es el sino de los directores- Rosa ha creído en mi intuición y se ha enamorado de la doctora en Filosofía y Letras, o más bien, la ha sentido como una necesidad. A los actores de raza les ocurre. Y la doctora Vivian Bearing es un personaje de raza.

